

medio del estímulo de la bebida, solo se exponen á obtener resultados contrarios, y á sufrir despues, si el pudor no ha huido de su corazon, la mortificacion y la vergüenza, al recuerdo de sus faltas.

P. ¿Por qué se coloca la ebriedad en el número de los vicios que hacen al hombre repugnante y despreciable?

R. Porque le hacen perder la razon y la vergüenza, y excitan en él, el desórden y las pasiones.

P. ¿Cuáles de éstas son las que mas se notan en el estado de ebriedad?

R. La ira, la audacia y la desvergüenza, agregándose á todo esto por complemento, la torpeza en los movimientos, la excesiva rigidez de los músculos que pone el rostro en un estado horroroso, y un desconcierto general que por lo comun dá al ébrio un aspecto ridiculo.

P. ¿Qué males puede ocasionar la ebriedad?

R. Provocaciones, insultos, riñas, homicidios y graves faltas de las que despues

tiene que arrepentirse el mismo que las comete, avergonzándose de haber cometido acciones indecorosas y contrarias al honor.

P. ¿Cómo es que siendo de tan fatales consecuencias el uso del licor, está admitido este entre la buena sociedad, y aun forma uno de los principales obsequios con que se agasaja á un amigo, á un pariente ó á un desconocido?

R. Porque el uso moderado de las cosas que sirven para el deleite ó para el placer, no está condenado por la razon; pero sí lo está y con mucha justicia el exceso, principalmente en todo aquello que perturba aquella y que puede poner al hombre fuera del dominio que debe ejercer constantemente sobre sí mismo.

P. ¿No seria mejor proscribir el uso de los licores en las reuniones y fiestas?

R. Nuestros antecesores así lo hacian, é indudablemente que procedian con mas cordura que nosotros.

Un hombre á los veinticinco años apénas habia probado algun vino generoso, y no

por eso dejaban de divertirse ni les faltaba animacion en sus fiestas.

La juventud no necesita esos estímulos para ensanchar su corazon y para reanimar su espíritu.

Por el contrario, ellos producen una vejez anticipada, y acostumbrando al hombre á no tener energía y vehemencia si no es por la accion del licor, lo entregan á la inaccion, al fastidio y hasta á la estupidez cuando se halla en un estado natural.

P. ¿Pues qué, tambien la salud puede alterarse ó destruirse por la embriaguez?

R. Es la primera en quien se hacen notar los estragos de esta. El cuerpo se pone convulso, la mirada seca y ardiente, y como si estuviese devorado constantemente por la fiebre, el individuo que es víctima de este fatal vicio, no puede dormir ni comer bien, llevando constantemente sobre su semblante las huellas de una vejez anticipada, ó los anuncios de una muerte próxima y penosa.

P. ¿Cómo es que algunos precisamente

para conservar su salud, tienen que hacer uso del licor?

R. Hay algunas naturalezas que necesitan de este estímulo, sobre todo las débiles y cansadas; pero no es esto lo general, ó es el efecto de una larga costumbre, y nunca, en ningun caso les convendria usar del licor, hasta embriagarse.

P. ¿Qué precauciones serán buenas para no contraer el vicio de la ebriedad?

R. Tener siempre presente el estado vergonzoso á que ella reduce á los hombres, y el número infinito de desórdenes y de crímenes que en ese estado se pueden cometer. Acordarse que el espíritu y el corazon del hombre son un manantial inagotable de elevadas inspiraciones y de nobles sentimientos, y que no hay necesidad de buscar aquellas en el fondo de una copa, ó en la trasparente espuma del mas exquisito vino, cuando del fondo de nuestra alma podemos sacar las mas ardientes inspiraciones, y á través de su diáfana pureza podemos ver en el cie-

lo de lo infinito las mas bellas ilusiones ó las mas espléndidas verdades.

LA ENVIDIA.

P. ¿Qué cosa es envidia?

R. Es un sentimiento ruin, que hace desear al hombre los bienes que otros tienen, ó apenarse por los beneficios que disfrutan.

Son, pues, dos los caracteres esenciales de este vicio: desear lo que á otros pertenece por el bien que esto puede proporcionar, y afligirse de que otro lo disfrute aun cuando no debiera ser para uno.

Lo primero, por injusto que sea, tiene alguna explicacion en los deseos del corazon humano, que no siempre se guía por la moderacion y la justicia.

Lo segundo no tiene excusa de ningun género. Es la perversion de todos los sentimientos y aun de los instintos del corazon, que propende siempre á ver con satisfaccion el bienestar ó la felicidad de un individuo principalmente cuando uno por ningun motivo espera para sí esas ventajas.

P. Qué efectos produce la envidia bajo cualquiera de estos aspectos que se han mencionado?

R. Inquietar con deseos desordenados el corazon del individuo que desee apoderarse de lo que otro tiene, exponiéndole á cometer hasta crímenes para conseguir lo que se propone; llenar de amargura y atormentar constantemente al que ve en la felicidad ajena un motivo de pesar para él, porque una alma tan pequeña que se entregue á este vicio, no es capaz de valuar el mérito de otros, ni puede dejar de conocer que en sí no tiene elementos para hacer ni para recibir el bien.

P. ¿Siendo este vicio tan miserable y tan contrario al interes individual, cómo hay personas que puedan tenerlo?

R. Porque no se ha cuidado de impedir desde la infancia, que la malignidad se apodere del corazon, y porque se ve con indiferencia que esta se desarrolle en los niños, permitiéndoles que den entrada al odio y á rencores que fácilmente pudieran extirparse,

y que dejándolos pasar desapercibidos, se convierten en un receptáculo inmundo donde se abrigan las pasiones mas ruines y miserables.

P. ¿Qué precauciones serán buenas para no dar entrada á la envidia?

R. Acostumbrarnos siempre á hacer el bien, pues de esta manera léjos de sentir el que otro reciba, tendremos el mayor empeño en ser nosotros los que se lo proporcionemos.

Tambien deben habituarse los niños á ser magnánimos y generosos, para que así, léjos de causarles pesar ó tristeza las buenas cualidades que á otros recomienden, tengan el mayor empeño en imitarlos, no para disputarles la gloria ó las ventajas que alcancen, sino para hacerse dignos de las mismas consideraciones que á ellos se les dispensan; probando de esa manera que el bien es fecundo é inagotable, y que los que á él nos inducen, deben ser no un objeto de odio ó de envidia, sino un noble ejemplo que en todo caso debemos imitar.

Debe huirse asimismo de la ingratitud, que es un vicio detestable, y cultivar las relaciones de amistad con franqueza y con lealtad.

EL HOGAR DOMESTICO.

Venid, queridos niños.

Venid y acercaos á este lugar que fué para vosotros el templo del placer y la ventura.

Venid á verlo que tambien es el templo de la paz.

Acercaos á ese sitio en donde se meciera vuestra cuna, ya haya sido esta de hilos de oro ó de rústico bejuco.

Acercaos, y os parecerá que sentís el dulce vaiven que la mano de vuestra madre le imprimia.

Os parecerá que oís los últimos acentos de la melancólica cancion que vuestra madre ó vuestra nodriza entonaban para arrullaros.

Creereis que sentís rozar aun en vuestra frente las alas del ángel de vuestra guarda,

y vuestros labios sonreirán como sonreían entónces al aspecto de las mágicas visiones que evocarán vuestros recuerdos.

Venid á ver los sitios en donde disteis los primeros pasos.

Aquellos que por una predileccion especial, elegíais para pasar largas horas, hasta quedaros dormidos en ellos.

Venid á ese jardin, á donde íbais á recoger flores, á perseguir mariposas, ó á divertirnos con los giros caprichosos de la fuente ó el arroyo.

En el lugar de vuestra cuna se levanta ahora un lecho resplandeciente de aseo y de limpieza.

No importa la materia de que haya sido construido.

Su valor no le viene de los metales, de la madera, ó del trabajo que se haya empleado en su construccion.

Le viene de la solicitud con que la madre cuida del lugar donde reposan sus hijos.

De esa atmósfera pura con que la virtud embalsama el lecho de la inocencia.

De esa dulce tranquilidad con que se cierran vuestros ojos, al recibir las últimas bendiciones de vuestros padres.

Acercaos al sitio de vuestra predileccion.

Allí vereis levantarse un monumento, que recuerda uno de los días en que mas plácidas horas habeis pasado, ó las habeis hecho pasar á aquellos.

Ese monumento lleva una fecha que á veces está inscrita sobre mármol ú oro, ó sobre la tosca pared donde reclinábais vuestra cabeza, ó hasta donde alcanzaban vuestras pequeñas manecitas. A veces es una simple raya trazada por ellas, con la ayuda de las amorosas manos de vuestra madre.

Pero ¡cuántos recuerdos encierra esa fecha, ó esa raya! y ¡cuán dulces y bellos sentimientos deben hacer surgir de vuestro corazón el amor y la gratitud!

Bajad al jardin.

Allí está escondido en las rosas, el jazmin y la madre selva, un delicioso nido. Las aguas de un arroyuelo que lo rodea, dejan oír su delicioso murmurio.

Las aves trinan y juegan sobre la bóveda de verde follaje que lo cubre.

Un alto fresno: un delicioso manzano: un almendro florido, ó un bello rosal, donde tambien se ve inscrito vuestro nombre, ó una fecha misteriosa, le sirven á aquel como de punto de apoyo.

Es el senador, ó el kiosko en donde habeis pasado vuestras siestas, donde habeis pasado las calurosas tardes del estío.

En donde vuestra madre se ha encantado con vuestros juegos y vuestras sonrisas.

Y este jardin muchas veces no tiene tápias, ni fuentes, ni cenadores. Quizá solo ha podido ofrecer la sombra de algunos árboles, que han crecido, merced á la lluvia caída del cielo y á los vivificantes rayos del sol; pero aun allí encontrareis recuerdos dulces y respetables: aun allí hallareis las huellas de vuestra infancia y de la cariñosa solicitud con que fueron cuidados vuestros primeros pasos.

Ved..... á lo léjos atraviesa la llanura ó

desciende de la montaña un hombre que trae en sus manos los instrumentos del trabajo.

Viene alegre, porque el dia lo ha pasado labrando la tierra, cuidando los ganados, ó haciendo caer al rudo golpe de su hacha la corpulenta encina para aprovecharla útilmente en material de construccion, ó para proporcionarse leña.

O viene del taller donde trabaja diariamente.

En su casa le espera la compañera de su vida, rodeada de sus hijos que se disputan el placer de acariciar al autor de su existencia.

Y aunque esta escena pase en la soledad de las selvas, en una miserable choza cubierta con paja, no perderá por eso su interes, si en ella habita la virtud; y al calor del fuego que arde á poca distancia, al aspecto de los sencillos alimentos adquiridos por el trabajo, aquella humilde familia se agrupará para bendecir á Dios, para bendecir á los gefes de ella, y para oír de su boca los consejos de la honradez y la experiencia.

Quizá la casualidad presenta en esos momentos, una bella ocasion para que los niños reciban un ejemplo sublime.

Quizá un viajero cansado ó extraviado llega á pedir que se le permita pasar la noche bajo aquel techo hospitalario, y sentado entre aquella familia, toma parte en sus conversaciones, comparte con ella sus provisiones, ó participa de las de sus huéspedes.

Y al ver los niños la satisfaccion que se pinta en el semblante de aquel, al ver sus miradas tranquilas y llenas de gratitud, toman confianza con él, y uno le ofrece servirle de guia al dia siguiente, y otro enseñarle el sembrado ó los ganados; y la noche pasada en la cabaña del labrador deja recuerdos indelebles en el ánimo del viajero, que quizá nunca habia pasado tan dulces horas de satisfaccion como las que allí pasó.

Es que el trabajo y la virtud han hecho de aquel hogar humilde y sencillo, un asilo sagrado, cuyos umbrales no se atreve á traspasar el vicio.

Si se trata de personas que gozan de una

cómoda medianía, pudiendo estas tener tanto lo necesario, como lo útil y aun lo agradable, en la mansion doméstica no faltarán una mesa abundante, lechos cómodos, tápias en los jardines, rosas exquisitas que perfumen estos y fuentes que los rieguen.

No faltarán maestros que instruyan á los niños, ni cosa alguna de aquellas que sirven para las inocentes distracciones de estos.

Tampoco faltarán ocupaciones á los gefes de la familia, ni ocasiones para dar á sus hijos sublimes ejemplos de abnegacion y caridad y para presentar á la sociedad esos modelos de virtud, en que el amor rivalizando con la ternura y con la piedad, hace de la esposa la reina del hogar doméstico, de los hijos, la gracia y el encanto del presente, y la esperanza del porvenir, y de todos los que llegan á aquella deliciosa mansion, unos séres á quienes la caridad recibe con espléndidas coronas, ó á quienes la amistad abre los brazos, entre los trasportes del júbilo, de la franqueza y de la lealtad.

Allí, unas horas se consagran al trabajo.

Otras, al placer y á las distracciones.

Todas á la educacion y al buen régimen de los niños.

Allí, las fiestas no son turbulentas, ni bulliciosas.

Allí, la razon no se sacrifica á la alegría.

Allí, los niños no tienen impertinentes caprichos, ni otros gustos que los que son propios de su edad.

Allí, no se oyen gritos, ni imprecaciones, ni suspiros, porque no hay verdugos, ni víctimas.

Allí, los criados tratados como miembros de la familia, con dulzura y con bondad, quieren á los niños como si fueran sus hijos, quieren á sus amos como si fueran sus padres, no son insolentes con los que vienen á la casa, porque saben que aquellos reciben con gusto á sus amigos, con bondad á los necesitados y con cortesía y atencion á todos los que llevan algun negocio.

Allí, el anciano es venerado.

El mendigo socorrido.

La virtud respetada y la inocencia bendecida.

Allí, el dia marca sus horas con los triunfos del trabajo, con los progresos de la educacion: con esos instantes plácidos y venturosos que la esposa, la madre, la reina de aquel lugar, prepara para su esposo, para sus hijos y para todas las personas que tienen la fortuna de penetrar en él.

Allí, en la tarde, el perfume de nuevas flores, renueva el de las flores de la mañana, y una corona de jazmines ó azucenas en el jardin, ó de la luz de las estrellas en el paseo, viene á ceñir las sienes de la casta esposa ó de los inocentes niños, que vuelven llenos de placer á su casa.

En la noche, las últimas palabras que resuenan son las protestas de la amistad, los consejos de la prudencia, y las bendiciones que pronuncian los amorosos labios de los padres.

Las estrellas del firmamento bañan de luz aquella morada, y las alas de la Providencia la cubren y la protegen.

Si hay opulencia, difícil es atender en medio del bullicio y del cúmulo de atenciones, á la educacion de los niños, á la proteccion de la indigencia y al cumplimiento de todos los deberes, que en esa situacion, no parecen necesarios, sino voluntarios.

Mas difícil aun descender al seno de la miseria para ver los infortunios, las lágrimas y la desesperacion de los que sufren: para valuar dolores que ni siquiera se pueden comprender ni sospechar que existan.

Si hay almas generosas, que en esta situacion sepan dispensar á la muger, al niño, al anciano, al pobre y al desvalido, todas las consideraciones que se merecen,

Si hay almas nobles que sobreponiéndose á las debilidades humanas, procuren el bien de sus semejantes y el de la sociedad,

¡BENDITAS SEAN!



SÁTIRAS DE PERSIO.